

en Oxford, tenía alrededor de sí un resto miserable de corte, de oficiales abatidos, perplejos, discordes á menudo en los dictámenes é intratables por el mal humor que naturalmente producen los reveses. Pero era necesario tomar una determinacion pronta, porque los vencedores caminaban á toda prisa hácia Oxford, donde, una vez sitiado el monarca, hubiera podido resistir algun tiempo; pero no teniendo ninguna esperanza de socorro, era indispensable que por último hubiese sufrido el yugo de la tiranía. En este conflicto buscó un apoyo en el parlamento, y ofreció que iría él en persona, y firmaría todo lo que las gentes honradas creyesen necesario para una paz sólida. Dicen que hasta propuso al ejército ir á ponerse en sus manos, y añaden que sus parricidas enemigos se opusieron á ello, porque querian cogerle peleando, para hacerle mas odioso á su pueblo y dar algun colorido á la ejecución de su horrible designio. A lo menos es constante que Cromwell hizo un viaje á Londres con el único objeto de impedir que fuese recibido el rey en aquella capital. No hallando consuelo en ninguna parte el infeliz monarca, se vió obligado á precipitarse á sí mismo, sin tener recurso ni aun para elegir el precipicio; y si se arrojó en el mas profundo, fué porque todos los demas estaban para él cerrados.

Se disfrazó, salió de noche de Oxford; y sin noticia de sus gentes, excepto el ministro Hudson y un criado fiel, que fueron en su compañía, fué á ponerse en manos de los escoceses (1646), que á la verdad habian sido los primeros en ofrecerle todo género de auxilios. Le recibieron con las mayores demostraciones de alegría, y entonces eran sinceros aquellos testimonios. Habia ya algun tiempo que las dos naciones no estaban muy bien avenidas, pues se quejaban públicamente los ingleses de que el ejército de Escocia les vendia muy caros unos servicios, que ya no necesitaban entonces, y mucho mas de que se hacia dueño absoluto de las plazas que conquistaba en Inglaterra. Pero mu-

daron de lenguaje cuando vieron que les era mas necesario que nunca, y no omitieron ningun medio para conciliarse de nuevo su amistad. Se protestó por una y otra parte que se deseaba estar precisamente á los términos de la liga y del *Convenant*, se entablaron negociaciones, y el rey, cediendo á las instancias de los escoceses, y queriendo desengañar á los pueblos, á quienes se le representaba como enemigo de la patria, obligó á las tropas que todavia le defendian, á rendir las armas, y á las ciudades que le quedaban, á entregarse á los parlamentarios. Montrosse, que con los fieles montañeses de Escocia formaba un partido considerable, se vió obligado á desistir de toda empresa y abandonó la patria á su desgracia suerte para pasar á Hungría. Tambien mandó Carlos avivar la guerra contra los católicos de Irlanda, que eran sus mas constantes defensores y su recurso mas seguro. De este modo desaparecieron aun los vestigios y la esperanza del buen partido en los tres reinos.

Sin embargo, no los abandonó tan universalmente la virtud, que no se hallasen todavia algunas almas justas, ó á lo menos que no se dejaban arrastrar del torrente de la perversidad. Habiendo propuesto el partido de la independencia al parlamento que sacase al rey de entre los escoceses y le encerrase en Warwick, se horrorizó de esta propuesta el conde de Essex, aunque antiguo generalísimo de la faccion, y entonces jefe de los presbiterianos, é imitaron su ejemplo los grandes con una uniformidad que dió á entender á la atroz cábala que no estaba todavia en sazón el parricidio. Desgraciadamente para el rey, murió el conde de allí á poco tiempo. Los presbiterianos en general, y casi todos los escoceses, entre los cuales era dominante aquella secta hacia ya algun tiempo, querian conservar el rey, pero despojado de la mejor parte de su poder, y sobre todo desprendido del cuerpo episcopal, cuya estincion habian resuelto irrevocablemente. Puede asegurarse que si Carlos hubiera

concedido francamente este artículo, se habria mitigado el furor de sus enemigos, y que tal vez con el tiempo se habrian conseguido otras muchas cosas. Por consecuencia, su estravagante escrúpulo fué el que decidió su última desgracia. La condesa de Carlisle lo escribió asi entonces á la reina, ó á lo menos en términos equivalentes; y esta fué la opinion comun, fuáda en que consiguiendo del rey los puritanos de los dos reinos este punto capital de sus comunes pretensiones, hubieran unido sus esfuerzos contra los independientes, que eran sus verdaderos opresores. Al contrario, su resistencia dejaba siempre entre las dos sectas un vínculo que las tenia unidas con un interés comun.

El presidente de Bellievre, enviado por la corte de Francia, en calidad de embajador, para sostener al rey de Inglaterra en cuanto le permitiesen unas circunstancias tan criticas, conoció, como todos, que el punto capital era el del episcopado; y aquel sábio ministro, que comprendia perfectamente que el episcopado separado de la piedra sobre la cual edificó Jesucristo su Iglesia no era mas que un vano simulacro que no merecia el sacrificio de una corona, se valió de toda su elocuencia para persuadir á Carlos que viniese en suprimirle y diese satisfaccion á su parlamento por un medio tan breve. Pero tales fueron los juicios de Dios sobre aquel príncipe, infatuado de errores en medio de las luces que una esposa querida y piadosa hacia brillar continuamente á sus ojos, que nada pudo levantar la benda que los cubria. Al mismo tiempo que aquel príncipe tenia desterrado de sus Estados el verdadero episcopado de la Iglesia, se hacia mártir del episcopado fantástico de la reina Isabel.

Mientras se perdía así el tiempo en solicitudes y en conferencias, la cábala tiránica, que no dejaba de temer sus resultas, opuso á todo esto unos medios mas espeditos. Habia ya el parlamento de Inglaterra presentado el oro á la soldadesca escocesa, con pretexto de pa-

garla sus servicios. Para la primera paga de estos se dió prisa la cábala á recoger cien mil libras esterlinas, y para acelerar la consumacion de su tráfico infame, esto es, para que le entregasen el monarca vendido, envió sus tropas á Escocia, al mando del servil Fairfax. Fácilmente se persuadieron los escoceses que era necesario concluir aquel negocio á cualquier costa; y atendiendo á que el rey persistia en negarse á la abolicion del episcopado, resolvieron su ajuste execrable. Entregaron el rey á los diputados del parlamento, los cuales le llevaron á Holmby, que era una de sus casas de campo (1647). Habian estipulado que no se le quitaria la vida, que al contrario, se le trataria con respeto, y que se buscarian todos los medios de restablecer cuanto antes la concordia entre él y sus vasallos: precaucion que los dejaba notados con la infamia de que pretendian librarse, pues así daban á entender que presentian el sumo peligro á que iban á esponer á su rey.

Sin embargo, la mayor parte de los ingleses querian que se cumpliese la palabra dada al ejército escocés, y si el parlamento hubiera sido libre en sus deliberaciones, todavia habria podido Carlos volver á su antiguo estado. Pero el ejército que habia perdido la causa de este príncipe, estaba enteramente á merced de Cromwell y del partido de los independientes, los cuales habian tenido la destreza de hacer que se licenciase sucesivamente, con pretexto de economía, á los varios cuerpos de tropas que se hallaban en el resto del reino, y con especialidad á los que estaban mandados por gefes de otra secta. Conociendo al fin el parlamento estas maniobras, é imitándolas para dejarlas sin efecto, tomó el partido de disolver el ejército de los independientes, de licenciar una parte de él, de alejar otra con pretexto de tener subordinadas las provincias, y de no reservar cerca de la capital mas tropas que las que fácilmente pudiesen ser sujetadas en caso necesario. Este decreto, que al pare-

cer debía experimentar las mayores contradicciones, fué adoptado por unanimidad de votos, y lejos de oponerse Cromwell á que tuviese efecto, fué el primero que lo aplaudió. Estaba ya impaciente por sujetar á su tiranía la nación y el rey, y su malignidad profunda descubrió en el decreto una ocasion favorable para enarbolar el estandarte contra el parlamento, y para al mismo tiempo sublevar el ejército, sin que pareciese que tenia parte en la sublevacion. Asi, no contento con aplaudir el decreto, respondió con su cabeza de la obediencia del ejército, y representó tan grandemente el papel de patriota celoso, que se le nombró comisionado para su ejecucion. Pronto se conoció que se habia encendido el fuego que se queria evitar. A la primera lectura del decreto se notó una sublevacion general entre los soldados, los cuales, en lugar de las recompensas que se les habian ofrecido, se veian disueltos la mayor parte y reducidos á la miseria, ó á lo menos á una inutilidad vergonzosa. Animados ocultamente por sus gefes, quienes en público aparentaban contenerlos, formaron de los mas atrevidos de entre ellos, para la defensa de todos los demas, una especie de tribunal, á que dieron el nombre de Consejo de los agitadores. Por este medio frustraba Cromwell todas las resoluciones del parlamento que no convenian con sus designios. Pero habiendo advertido que aquella usurpacion artificiosa de la autoridad estaba sujeta á unas lentitudes, que eran causa de que se perdiesen muchas ocasiones importantes, quiso dominar de un modo mas directo y mas eficaz.

Empezó por hacerse dueño de la persona del rey, sacándole de Holmby, á pesar de lo bien guardado que estaba, y disponiendo que le llevasen al ejército, donde él y Fairfax le recibieron con un respeto capaz de alucinar á los mas desconfiados. Procuró consolarle, le dió grandes esperanzas, y no omitió diligencia alguna para conseguir que estuviese contento con haber mudado de cautiverio. La nueva es-

clavitud del rey allanó el camino para la del parlamento. Ofendido este en sumo grado del raptó del príncipe, publicó un decreto mandando que fuese llevado á Richemond, y puesto en manos de los mismos oficiales que antes tenia, á escepcion del gefe, al cual suscituyó otro mas fiel. No podia darse cosa mas conforme que este golpe de autoridad al designio que habian formado los tiranos de introducir la discordia entre el parlamento y el ejército, y derribar aquel tribunal para erigir otro sobre sus ruinas. Disimulando todavia el general Fairfax, se disculpó de lo que habia pasado, y echó la culpa de todo al Consejo de los agitadores; pero al mismo tiempo acusó de delitos de Estado á once individuos de la Cámara de los Comunes, presbiterianos, los mas contrarios á los independientes, acusó al parlamento de malversacion, pidió que se aboliese, y que se convocase otro en virtud de la ley que prohibia su perpetuidad. Estas proposiciones consternaron y llenaron de perplegidad al parlamento, en el que siempre tenian un partido los independientes. Los once individuos acusados ofrecieron espresamente por sí mismos no concurrir á las asambleas por espacio de seis meses. Como la ciudad de Lóndres, celosa de su libertad y de los privilegios de su propia milicia, mostrase mas vigor, movieron al parlamento los fautores de la tiranía á declararse á favor del ejército de estos y á mudar la milicia de Lóndres. No guardando ya entonces ningun respeto los oficiales de la ciudad, fueron tumultuariamente á Westminster, y obligaron al parlamento á restablecer desde luego la primera milicia: con cuyo motivo habiéndose levantado los individuos de las dos cámaras, el orador de la de los Pares y el de la de los Comunes, acompañados de otros cincuenta parlamentarios, salieron con enfado y se retiraron al ejército sedicioso, esclamando que estaba violada la libertad del parlamento. Al instante los que quedaron en la asamblea de Westminster nombraron otros oradores, y uniéndose con el

ayuntamiento de la ciudad, decretaron que los once individuos acusados fuesen restablecidos en sus funciones, que el rey fuese trasladado á Lóndres, y que las milicias urbanas eligiesen un gefe que las mandase, con las nuevas tropas que se reclutarian.

Reclutáronse en efecto; pero solo se sostuvo este vigor hasta que Fairfax y Cromwell se presentaron con su ejército delante de Lóndres. Cualquiera hubiera dicho entonces que no se habia tratado de hacerles resistencia, sino de prepararles un triunfo. Se les abrieron las puertas, entraron como señores, y no tardaron en dar á entender que lo eran. Llevaban consigo á los desertores del parlamento, que se habian retirado bajo sus banderas, los condujeron con pompa á las salas de Westminster, de donde arrojaron á todos los que les eran sospechosos, y formaron un parlamento á su gusto. Despues hicieron que se les entregase la torre, y pusieron en ella un gobernador y una guarnicion de su partido, y al mismo tiempo hicieron que las demas fortificaciones y las milicias quedasen en estado de no poder causarles ninguna inquietud. El mando de la marina se encargó tambien á partidarios de toda su confianza; de suerte, que no hallando ya el tirano ninguna contradiccion, solo le faltó para dominar con total seguridad sacrificar al dominador legítimo.

Por mas adelantado que estuviese este criminal proyecto, era todavia difícil y muy peligrosa su ejecucion. Las desgracias del rey y las indignidades que se le habian hecho padecer despertaron el amor y el respeto en el corazon de los pueblos, los cuales por otra parte empezaban á mirar su restablecimiento como el medio mas seguro de dar fin á los disturbios y á las calamidades públicas. Aunque era grande el terror que inspiraba la tiranía, llegaron las quejas de aquella nacion libre á los oidos de los tiranos. Los escoceses, que habian vendido al rey, movidos de un arrepentimiento, que fué acogido como en otro

tiempo la confesion del que habia vendido al Justo, prorumpian en amenazas y trataban públicamente de crimen de Estado el empeño de no admitir aquel príncipe, como lo pedia repetidas veces, á tratar en persona con el Parlamento, que era el primer Consejo del monarca y de la nacion. No manifestaban menos descontento los presbiterianos de Inglaterra, que eran la parte mas numerosa del reino, y habian empezado ya á sentirse algunas conmociones en varias provincias. Aun en el ejército de los tiranos se renovó el afecto á su soberano desgraciado, y gran parte de los soldados y oficiales estaban enteramente decididos á su favor. Los mismos agitadores, opuestos á la monarquía, pero republicanos de buena fé, echaban de ver que Cromwell fingia serlo para hacerse dueño absoluto del gobierno y despojarlos del poder con que los habia lisongeado.

El apuro era grande, y el peligro próximo para el gefe de la tiranía, el cual, en vez de la víctima, cuyo sacrificio meditaba, podia ser sustituido á ella de un momento á otro; pero esa política infernal, que reputa buenos todos los medios é indiferentes todos los crímenes, no encuentra obstáculos que no sepa vencer. Cromwell abrió una escena nueva, y desempeñó tan bien su papel, que engañó á toda Europa, haciéndola creer en el próximo restablecimiento del rey. Carlos fué conducido con ostentacion al palacio real de Hamptoncourt, y no era ya un preso, sino un monarca en el estado de su gloria, rodeado de una corte numerosa y brillante. Vió á sus hijos, trató con sus amigos, escribió á la reina siempre que quiso, y recibió sus respuestas. Todos querian ser los primeros en rendirle homenaje, y Cromwell escedia á todos en demostraciones de respeto, de amor, de fidelidad y de deseos de acabar con cuanto se opusiese á su mas completa satisfaccion. Pero mientras el malvado deslumbraba asi al público y al rey, enredaba en el Parlamento para que se propusie-

sen al príncipe las condiciones mas contrarias á su honor y á su conciencia, insistiendo sobre todo en la abolicion del episcopado anglicano, que Carlos, por un efecto de la estravagancia de su fé quimérica, creia de institucion divina; y al mismo tiempo le disuadia en Hamptoncourt de aceptar las proposiciones que por sugestion suya se le enviaban desde Westminster, dándole á entender que el ejército, que ya se las habia hecho mas razonables, se las haria por último conformes á la delicadeza de su conciencia. Indudablemente esta intriga no podia durar mucho tiempo sin ser descubierta; pero esa larga tragedia, tan hábilmente dirigida por Cromwell, tocaba á su desenlace.

Habíase obligado al rey á jurar que no saldría de Hamptoncour sin el consentimiento del ejército; mas ya fuese que Cromwell, á fin de irritar al ejército contra un príncipe perjuro, le hubiese persuadido la fuga, como lo refieren los historiadores realistas, haciéndole temer un asesinato proyectado, ó ya que la dificultad de conseguir que fuese condenado el rey por la voz pública hubiese movido al parricida, como creen algunos, á decidir se le quitase secretamente la vida, y que esta resolucion hubiese llegado á noticia del príncipe, entendió éste que debía ponerse en salvo con la fuga, y no hallando otro asilo, dió consigo en la isla de Wight. Pero justamente era Wight el lazo en que queria Cromwell que cayese su presa. El pérfido Hammond, á quien habia nombrado gobernador de la isla, y que fué uno de los principales actores en la catástrofe de aquella horrible tragedia, prendió al monarca y dió aviso al parlamento. Antes de salir Carlos de Hamptoncourt dejó encima de la mesa un escrito firmado de su puño, en que protestaba que solo habia huido por libertarse de los atentados de sus enemigos; que perseveraba inviolablemente en desear la paz, y que no pedía otra cosa sino que se le oyese en su parlamento para disipar todos los recelos. Este escrito, junto con una carta que

escribió desde Wight, renovó las quejas del pueblo en tales términos que, lejos de recurrir los tiranos á la violencia, creyeron que debian usar de negociaciones y de intrigas. Sin embargo, mandaron á Hammond que encerrase al rey en Carisbrock, castillo fuerte de la isla, y que apartase de él á sus amigos y criados; enviaron una escuadra para que cruzase en aquellas aguas, y dispusieron que se guardase la isla con el mayor cuidado.

Pasaron á Lóndres y juntaron el Parlamento, despues de haber desviado de él con varias comisiones á cincuenta individuos, de quienes no tenian mucha seguridad. Tomando la palabra el fogoso Ireton, y quitándose de repente la máscara en la Cámara de los comunes, dijo: «Mucho tiempo há que se abusa de la paciencia del tribunal supremo de Inglaterra. Bastante nos dá á entender el rey que no tiene corazon de rey para sus vasallos. En semejantes casos, el derecho de gentes y el natural nos enseñan nuestros derechos. Los contratos de los reyes y de los pueblos imponen á cada uno obligaciones reciprocos; á los pueblos, la de obedecer á sus reyes, y á los reyes, la de proteger á sus pueblos. Pero nuestro rey, lejos de protegernos, nos tiene eternamente sacrificados con los furors de la guerra y de la discordia; por tanto, esto mismo nos dispensa de los homenajes y servicios á que nos habiamos obligado por el mútuo contrato que celebraron nuestros padres con sus progenitores. Por lo demás, tomad sin recelo la resolucion que conviene á vuestra dignidad y a vuestro celo por el bien público. Teneis, bajo la direccion de gefes seguros, un ejército valeroso, cuyos servicios anteriores son buena prueba de lo que podeis esperar de él en lo sucesivo.»

Cromwell añadió al discurso de su yerno, que nada habia ya que esperar de un príncipe á quien Dios habia abandonado á su obstinacion; que el parlamento tenia toda la autoridad necesaria para el gobierno del Estado, y que para sostener el sistema que mejor le pa-

reciese, podia contarse con la fidelidad y con el afortunado valor de un ejército tantas veces victorioso, con tal que no se le diese motivo para sospechar que se pensaba de nuevo en negociaciones, cuyo resultado seria dejarle abandonado á la venganza del enemigo público. «Porque de este modo (continuó) se le quitaria el escrúpulo de faltar á unos cobardes, que habrian sido los primeros en faltarle, y que néciamente se faltarian á sí mismos.»

La consecuencia natural de estos discursos era la deposicion del rey, y al momento se empezó á tratar de ella; pero cuando llega á proponerse una cuestion de esta naturaleza, está ya decidida. Sin embargo, se tardó bastante en reunir el número de votos necesarios, y fué preciso que asegurase la faccion que no se ordenaria mas que la deposicion del príncipe. Con esta promesa se aprobó al fin la resolucion en la cámara baja. Infinitamente mayores dificultades se ofrecieron en la cámara de los pares, los cuales conocian muy bien que la ruina de la monarquía ocasionaria la de ellos y que, una vez que no hubiese rey, tampoco habria pares del reino. Tal fué la oposicion, que jamás se hubiera confirmado el decreto de la deposicion si los tiranos no hubiesen presentado sus tropas á la vista de Londres. Entonces se retiraron muchos grandes, protestando contra el decreto, pero le firmaron los que quedaban.

Para que los pueblos mirasen con horror al príncipe, imprimieron los tiranos en forma de declaracion legal todas las infamias que pudo inventar la calumnia, hasta el extremo de hacerle sospechoso de haber dado muerte al rey su padre. Reservándose Cromwell el papel de hipócrita, que ninguno habia desempeñado hasta entonces con tanto talento ó al menos con tanta ventaja, tomaba el tono de profeta, y suponía que los atentados que llevaban de escándalo y horror á todas las naciones, no eran mas que la ejecucion de

las órdenes del cielo. Decía, afectando hablar por inspiracion, que sintiéndose naturalmente inclinado á restablecer al rey, habia implorado las luces celestiales para un asunto tan difícil; pero que habiendo querido hablar despues no habia podido articular palabra: con lo cual le manifestaba Dios que habia reprobado á Carlos I, y no queria ya que reinase. Al mismo tiempo y con el mismo fin suscitaba enjambres de predicantes y fanáticos, entre los cuales se distinguió principalmente el ministro Peters. De este modo proceden las sectas al trastorno de los Estados por la ruina de la verdadera Religion y de todos sus principios.

Es cierto que se han visto sublevaciones y alborotos en todas las comuniones, y aun en las naciones mas católicas; pero hay una diferencia tan esencial y tan visible entre los principios de unas y de otras, que no puede deducirse de ellos la misma consecuencia. Todos los partidos convienen en que los católicos no pueden sacudir el yugo del príncipe legítimo, por mas insoportable que se les figure, y aunque en efecto lo sea, sin faltar al mismo tiempo á su Religion, la cual, segun San Pablo y la tradicion de todos los siglos, les manda obedecer á sus soberanos, aun cuando estos los opriman y persigan. El vasallo católico puede, como otro cualquiera, dejar de ser buen vasallo, ó apartarse de la regla que le prescribe su Religion, pero la regla queda siempre la misma, y siempre condena sus desbarros. Si se comparan estos principios, basa única de toda sociedad bien ordenada y de todo orden público, con las máximas religiosas y sediciosas de los sectarios escitados á la rebelion por una conciencia que está perfectamente de acuerdo con su creencia, ¿qué efectos tan distintos no ha de producir la religion de unos y de otros con respecto á la tranquilidad de los imperios? Por lo menos, ¿cuánta diferencia no se advierte entre los principios católicos y los de los independientes? Esta secta colocaba en la clase